

DELMIRA AGUSTINI: LA CONSTRUCCIÓN DE UN MITO INDESCIFRABLE

Gerardo Ciancio

“Y era mi mirada una culebra
Apuntada entre zarzas de pestañas,
Al cisne reverente de tu cuerpo.”
D.A.

A un siglo de los ecos de los dos disparos que cegaron su vida en una casa céntrica de la calle Andes, Delmira Agustini sigue desconcertando a sus lectores. Más allá de las peripecias y desdichas que informa su biografía, varias veces narrada, particularmente los pormenores de su muerte (asesinada por su ex esposo y amante clandestino), su producción poética nos mueve al asombro. Delmira fue una transgresora del paradigma vigente en el novecientos: ella construyó un mito en torno a la figura de la poeta “moderna”. Delmira erotizó el lenguaje poético desde el lugar de enunciación de la mujer; “sensualizó” el arte verbal, desplegando una escritura “húmeda” con trazas de género claras y consolidadas, con volutas *art nouveau* que se expanden rizomáticamente y promueven una nueva manera de hacer poesía, de asumir la sexualidad, de enunciarla, estatuir la poéticamente desde un voz de mujer y desde una concepción femenina del beso, del orgasmo, del éxtasis, del abrazo, de la cadena de sensaciones y percepciones que el hecho sexual en sí despliega y desata.

Por otra parte, es interesante observar cómo a partir del personaje histórico, de la elaboración del personaje generada en el imaginario colectivo así como de su escritura poética, las voces de diferentes familiares, lectores, amigos, poetas y críticos, han ido elaborando la más diversa serie de calificativos, epítetos y designaciones de Delmira, muchas veces cargadas de prejuicios, lecturas equívocas o meras repeticiones de una tradición secular que “colaboró” en la construcción de su(s) imagen(es). Es así que la autora de Los cálices vacíos fue un “ángel encarnado”, “una niña prodigio”, “la Nena”, “una niña mimosa”, “una candorosa niña”, una “niña milagrosa”, una “niña bella”, una “niña alucinada”, una “virgencita de carne”; o bien una “ninfómana”, “hierática”, “histérica”, “neurasténica”, “hi-

perestésica”, “pitonisa”, “esquizofrénica”; o una mujer “vampiresca”, “somasoquista”, “clausrofóbica”, la “femme fatale” del despuntar del siglo, Salomé; o, apelando a personajes de la ficción, el mito y la historia, Delmira fue Ofelia, Eva, Santa Teresa. Emir Rodríguez Monegal la define como una “rubia gordita y cursi”, “pitonisa burguesa”, “niña calenturienta” (huelga todo comentario).

Lo cierto es que existió un proyecto estético consciente (e inconscientemente), que fue creciendo en Delmira: la construcción de una intelectual, de una firma autoral singular, del lugar de la escritura de mujer en un campo cultural logofalocéntrico. Delmira desestabiliza el *status quo*, fisura un paradigma estético a sabiendas. La multiplicidad de lecturas críticas que han aparecido en los últimos cincuenta años da cuenta del potencial polisémico de su escritura. Lo que quizá nunca se pueda develar, volver transparente, es el misterio que anida al interior de su poesía:

“¿Soy flor o estirpe de una especie oscura
Que come llagas y que bebe el llanto?”